

## LA SABIDURÍA COMO GOZO INTEGRAL DE NUESTRO SER-ENCARNADO<sup>1</sup>

Arnoldo Mora Rodríguez

Hablar de sabiduría en la filosofía es hablar de los orígenes mismos y de la razón de ser del pensar filosófico. Es frecuente, incluso, que se identifique el "sabio" con el filósofo. La imagen popular de uno y otro se identifican. La filosofía es vista como el camino a la sabiduría y el filósofo como aquel personaje un tanto marginado de la sociedad, no por castigo o enfermedad, sino por vocación, o basado en una opción personal que lo induce a menospreciar o, al menos, a tomar distancia de los "negocios" de que se ocupan y se preocupan las gentes ordinarias o, más exactamente, en que debe ocuparse y "gastar" su tiempo el ser humano, cualquiera que este sea, en los quehaceres cotidianos. Vistas así las cosas, el filósofo suele aparecer, no solo como un personaje un tanto singular, sino como aquel que lleva una vida ascética muy cercana a la vida del místico, por no decir al ermitaño.

Ciertamente hay otra concepción de la filosofía como aquel saber ligado a la ciencia experimental, como "la ciencia de la ciencia", según la expresión de algunos filósofos anglosajones, como una crítica del método científico y una búsqueda de su fundamentación racional, o como una cosmovisión que se desprende de los resultados obtenidos por el avance mismo de la ciencia. Igualmente, la filosofía puede parecer como una reflexión más humanística, ligada por ello mismo a la ética, en el sentido de que consiste en la reflexión en torno a las implicaciones éticas y axiológicas de los efectos que la ciencia y la tecnología producen en la vida de los hombres y su destino.

En todas estas concepciones la filosofía se ha tomado como una vocación o inclinación natural mas cercana a la vocación de un artista o de un religioso, o se ha tomado como una profesión en el sentido liberal del término, como es la propia de un profesor universitario. En ambos casos, la filosofía siempre se liga a una vida un tanto distante de los "negocios" de este mundo y, sobre todo, de la condición corporal, por no decir "carnal", del filósofo en cuanto ser humano de carne y hueso. Es esta concepción o imagen la que se suele ligar, igualmente, a la idea de "sabio".

Pero mis reflexiones en esta ocasión pretenden demostrarlo contrario. No se trata de mi parte de un prurito de originalidad, o de un gusto un tanto discutible por lo paradójico. Sinceramente, pienso que se trata de algo mucho más serio y, sobre todo, mucho más importante. Más aun, pretendo desvelar, es decir, llegar a la verdad (*aletheia* en griego que se traduce por "verdad", en realidad significa la acción de quitar el velo que cubre algo, a fin de que quede al descubierto, patente a los ojos de todos), es decir, descubrir o poner de manifiesto la significación, profunda pero auténtica, que se contiene en la conciencia del sabio, en lo que ha dado origen a lo que pretendemos que sea o deba ser un "sabio".

Como primera acotación, hago el señalamiento de que casi subrepticamente me he desplazado del término "sabiduría" al de "sabio", es decir, de una idea abstracta o de una concepción teórica, al ser humano concreto, de carne y hueso. Por eso, más que de "sabiduría" quiero hablar del "sabio", no de lo que se entiende por tal, sino de la vivencia integral, humana, existencial que se expresa cuando queremos decir que alguien es un sabio, o que llegó a la sabiduría, o que define en su vida real, aun sin formularlo en una teoría o doctrina, lo que se entiende por tal. Porque para mí, la sabiduría no es una

---

<sup>1</sup> *Tópicos del humanismo* (Heredia: Universidad Nacional) n. 113 (diciembre 2004).

doctrina, sino una vivencia, una actitud frente a la vida, una experiencia integral de nuestra condición de ser humano, la experiencia de ser hombre en cuanto es vivida en su máxima autenticidad y en su mas amplia integralidad.

Así entendida la sabiduría, se suele decir que, quien ha llegado a ella es porque es plena e integralmente hombre y hace de su vida la expresión la más pura de lo que solemos entender axiológicamente como "humano". Sabio es el más humano de los humanos, es aquel que es plenamente humano porque vive desde dentro, desde su conciencia más íntima y en todas sus expresiones y conducta, esa plenitud humana.

Sabio es el que irradia humanidad, el que desborda humanidad como el volcán que de sus entrañas extrae el fuego y la luz, irradia calor y es fuente de movimiento, hasta el punto de dar la sensación de ser un viviente y no un simple objeto mineral. "Sabio" viene del participio presente ("sapiens") del verbo latino *sapio*, *sapere* de la tercera conjugación. Normalmente se le traduce como "saber" cuando, en realidad, en su origen etimológico significa "tener sabor" o, más exactamente, saborear, descubrir el sabor de lo que se prueba o paladea, disfrutar del paladar, degustar. Por ende, "sabio" será aquel que ha descubierto el sabor de las cosas que le rodean, que tiene el secreto del gusto de y por la vida, que asume la vida no desde la razón o el corazón, sino desde el sentido del paladar, del gusto, como se degusta una deliciosa comida, o una buena copa de vino.

Esto es así porque el latín, idioma de donde viene nuestra lengua castellana (85% del castellano no es más que latín vulgar, el latín que hablaban las legiones romanas que conquistaron la península ibérica) es una lengua del Mediterráneo. Y, como bien sabemos, una lengua no es solo una forma de hablar, o una manera de expresarnos, sino ante todo, una visión de mundo, una sensibilidad, una cultura. El latín, por ende, es el vehículo de una cultura, al igual que el griego: ambos son expresiones culturales del Mediterráneo. Y en el Mediterráneo al final del Neolítico, se descubrió y comenzó a cultivar aquella planta que habría de cambiar la cultura de aquellos pueblos que originalmente venían de África.

Concretamente, en Egipto y en el Medio Oriente se comenzó a cultivar el trigo y, con ello, a fabricar el pan como base de la alimentación y el comercio y, por ende, como fuente de riqueza y bienestar. De ahí que el comer pan se convierte en el acto de humanidad por excelencia, y el compartir el pan con otros (parientes, amigos, compañeros de trabajo, aliados políticos o socios comerciales) en el acto de socialización por antonomasia. Se comparte el pan porque en el pan se ve la expresión por excelencia de la vida. Se comparte el pan porque se comparte la amistad, como signo de que se ha firmado la paz entre contrincantes o combatientes. El pan significa paz, significa amistad, significa amor. Eso supone la existencia de comunidades que han crecido, de redes de comercio.

Pero al pan se une, como parte integral de una buena comida, una bebida que es por excelencia signo de goce y alegría, de entrega al placer y a la amistad, como es el vino. Pan, vino y aceite de oliva: he ahí por excelencia la mesa, el menú de los pueblos del Mediterráneo. Es por eso que el banquete, símbolo de la amistad y del amor, del compartir entre los amigos, es el ámbito de la sabiduría. Con el calificativo de "Banquete" titula Platón su diálogo sobre el amor.

Pero el banquete, bajo el efecto del vino y como expresión de la satisfacción, no solo de haber comido, sino también de haber compartido con amigos y parientes un rato agradable, culmina con una fiesta, la apoteosis de la danza, con celebraciones al compás de ritmos y de cantos. Y esto no es una casualidad, pues anteriormente a las civilizaciones del Mediterráneo existieron las civilizaciones africanas que no tenían ni pan de trigo ni vino, sino que su dieta era a base de tubérculos y sus recursos materiales no les permitían disfrutar de una riqueza exuberante. Pero para los pueblos africanos, no es el

banquete, la comida lo que expresa la socialidad entre los hombres, lo que forma grupo, lo que crea comunidad, sino la danza.

La danza es anterior al banquete. La danza es anterior a toda otra forma de socialidad incluso anterior al lenguaje articulado, ya que la música, según Levi-Strauss, el gran antropólogo y etnólogo francés, es anterior a la palabra articulada. El hombre comienza ya desde el sexto mes de embarazo de la madre, a escuchar las palpitations del corazón de su progenitora, por lo que el seno materno se convierte en una caja de resonancia. No es por casualidad que gran parte de los instrumentos musicales están dotados de una caja de resonancia en forma de un vientre materno, en que se evoca a una mujer con un embarazo avanzado. Pero antes de ser sonido, melodía o armonía, la música comienza por ser ritmo, movimiento acompasado. Por ende, la música no es solo para oír-la, sino para sentirla con todo el cuerpo. En especial, con los músculos y el tacto. Por eso la música es ante todo, danza y la danza es lo que nos hace sentir hombres, humanos, como formando parte del grupo social en que nos reconocemos en el goce compartido que nos hace sentirnos hermanos. La gran enseñanza que de ahí se desprende es que la cultura occidental y el cristianismo que se ha desarrollado históricamente al interior de la cultura occidental, es profundamente, radicalmente enajenante porque menosprecia la integridad de la experiencia sensorial como origen de nuestra experiencia como seres humanos. Desde Platón y Aristóteles, se considera que el "más noble de los sentidos" es la vista. De ahí que la expresión formalizada de la vista es la geometría, ciencia de las propiedades a priori del espacio. Éste es considerado el ámbito por excelencia de lo humano y de las relaciones sociales. Por eso los españoles, cuando llegaron a estas tierras tropicales de grandes aguaceros y de selva lujuriosa, siguieron la costumbre mediterránea de fundar ciudades y aldeas en torno a un espacio público llamado "plaza".

Por el contrario, la cultura semítica, que se expresa en la tradición bíblica, prioriza el oído. A Dios en el Antiguo Testamento no se le ve, sino que se manifiesta como palabra que se oye. Dios no es una experiencia visual, sino auditiva. Hasta se prohíben las imágenes y la representación, mediante iconos, de lo sagrado. De ahí que Occidente, cuyas raíces son la racionalidad helénica y la ética judeocristiana, considera que la vista y el oído son los sentidos más nobles menospreciando los otros sentidos, tal como el gusto, el olfato y, sobre todo, el tacto pues se extiende a toda la geografía corporal. Pienso, igualmente, que, como África es la cuna de la humanidad, es decir, que todos los hombres somos originariamente africanos, el menosprecio que Occidente ha tenido por todo lo que es corporal y que se expresa en el dualismo alma/cuerpo, materia/espíritu, hombre/mujer, malo/bueno, verdad/error, feo/bonito, santo/pecador, Dios/hombre, etc. son consecuencia de ese menosprecio original por nuestra condición corporal. El cuerpo es nuestro primer contacto con el exterior, con la Naturaleza. El menosprecio de nuestra sensibilidad, de nuestra condición corporal, está en la raíz del odio a la Naturaleza y, con ello, se llega lógicamente a su destrucción. De ahí la crisis ecológica que hoy se vive y que amenaza con la destrucción de toda la especie humana. El placer por destruir, o sadomasoquismo, el culto a la muerte como autodestrucción y suicidio colectivo que hoy amenaza a la humanidad, no son más que la consecuencia de esta mutilación originaria y primigenia que hemos venido señalando. La manifestación más agresiva y repulsiva de esta mutilación sensorial se expresa en el racismo, cuyas víctimas principales y mayores han sido los pueblos originarios de África. El puritanismo y el fundamentalismo de raíz religiosa, son otras tantas formas en que se hace patente esa mutilación que de nuestra experiencia sensorial hemos hecho desde los orígenes de la cultura occidental.

Es interesante señalar que en la Biblia se considera que las enfermedades que afectan la sensibilidad y que los autores suelen denominar con el apelativo genérico de

"lepra", sean consideradas como signo de reprobación y quienes las sufren separados de la convivencia social. El mayor castigo corporal que Dios puede inferir a quien ha pecado es privarlo de sensibilidad en su epidermis. Esto es prueba de que entre las experiencias de lo sagrado del pueblo hebreo, quedaron reminiscencias de las culturas de pueblos anteriores que asumían la integralidad de nuestra condición sensorial y no daban prioridad a un sentido sobre los otros, sino que los valoraban y disfrutaban a todos por igual. Más aún, incluso en nuestro lenguaje ordinario decimos a propósito de alguien que es inhumano en su conducta, o medio torpe en las relaciones con los otros, que es "insensible". No le decimos que es sordo, mudo o ciego, sino insensible, que carece sensibilidad. Igualmente, solemos decir en estos casos que esa persona carece de "tacto" para asumir satisfactoriamente una situación delicada. Una persona sin "tacto" es poco menos que un bruto, al que difícilmente podemos dar el calificativo de "humano".

Por el contrario, ser sabio es recuperar el goce integral de nuestra condición de seres corporales, que están dotados de diversos sentidos y no solo de uno o dos. Sabio es el que no vive mutiladamente su corporeidad y que hace de su vida una fuente plena de gozo en su condición sensorial. Esto constituye en la práctica una protesta frente a toda forma de mutilación de nuestro ser encarnado. Es por eso que la máxima revelación del Nuevo Testamento es el misterio de la encarnación cuando en el prólogo del evangelio de San Juan se dice que el "Verbo se hizo carne". Es por eso que la sabiduría o es carnal o no es sabiduría. Sabio no es el que se margina de la vida, sino el que la vive a plenitud y con medida, el que la goza con los otros como en la danza o el banquete. Sabio es aquel que vive en el amor.